





MALATIERRA



Ignacio Sánchez-Oro Castellano

MALATIERRA



Primera edición: abril de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ignacio Sánchez-Oro Castellano

ISBN: 978-84-17362-50-8

ISBN digital: 978-84-17362-51-5

Depósito legal: M-11018-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedicado a Ana, por creer siempre que todo es posible



Reconozcamos por lo menos que este hombre ejerce una influencia innegable.

Obliga a pensar.

Obliga a todo el mundo a pensar.

La inseguridad hace pensar.

Y por eso lo persiguen tantos odios.

ALBERT CAMUS

Calígula,



ÍNDICE

LA CIUDAD DE PUERTO DEL LUCERÍO	13
I. HASTA QUE NO PUEDA SEGUIR HUYENDO.....	15
II. VOCES EN LAS SOMBRAS	91
III. UNA DIANA EN LA FRENTE	151
IV. EN EL LITORAL OXIDADO	251
V. IMPRESIONES SOBRE LO CALCINADO.....	339
AGRADECIMIENTOS.....	485





I

HASTA QUE NO PUEDA SEGUIR HUYENDO

El enorme portón automático comenzó a deslizarse sobre los raíles, emitiendo un chirrido agudo; el que tantas veces había oído, cuando fueron otros los que se marcharon, espoleados mientras cruzaban por última vez el patio central con gritos de los demás presos desde los ventanucos enrejados. Hoy era el día en que debían de haberle aclamado la despedida, arrojándole rollos de papel higiénico como si fueran serpentinas pero, sin embargo, lo único que le festejaba era el estrépito metálico del portón apartándose, fanfarria desafinada que anunciaba el término de un tiempo hueco, despojado del ritmo con el que se hubiera dejado mecer en la vida.

Mientras el portón renqueaba frente a él, ampliándole la libertad, se entretuvo encendiéndose un pitillo; su postura de derrotado transmitía una prudencia servil, de perro manso, maltratado por su amo; además, se deslustraba en su rostro en una ternura del que ya no espera nada; sus ojos, entrecerrados por la reverberación de la mañana sobre la superficie cromada de unos barracones cercanos, poseían un escepticismo insanable.

Sonó un chasquido seco: la verja se había descorrido por completo.

Inspiró el valioso aire de afuera, levantando la nariz y entrecerrando los ojos, la paradoja de que sea el mismo que dentro de los tabiques... el viento, helador al arrebolarse bajo el sol, laceraba el vientre de los cirros en estrías colosales en la lejanía, como si los hubiera zarpado un gigante; había tanto silencio más allá de los muros, que se hubiese podido

escuchar el sonido de las nubes dispersándose en el cielo, y también el esparcimiento de las virutas de hojas muertas en el aire y sobre la tierra que él andaría sin saber dónde ir.

Atravesó el portón, lo franqueó, echó a caminar. Eso era lo que había declarado: prefiero dar un paseo. Y dejó tras de sí el largo muro del centro penitenciario.

Solo seguía oyéndose el viento imbatible arreciando sobre la inmensidad del campo.

Él caminaba por el filo de una carretera que desembocaba en una autopista: la cabeza agachada, tiritando por el frío invernal, la tupida melena sobre sus ojos, los párpados estrechados en dos cuencas yermas. Llevaba puesto un pantalón vaquero, ceñido, una camiseta gris y una chaqueta vaquera muy gastada, asida de un brazo; colgada de un solo asa en su hombro derecho, una mochila de cuero; y, además, el cigarro, sostenido entre el índice y el pulgar. La escarcha se fragmentaba bajo el peso de sus zapatos.

Siguió bordeando el caudal de asfalto donde se embalaban los automóviles, hasta que se hizo nítido el contorno distante de los bloques que constituían los suburbios: se cocían bajo la luminosidad destellante que barría las llanuras resacas y que calentaba la canícula, como las primeras atalayas desgastadas de una ciudad futurista. Después atravesó los descampados donde había montado un poblado de chabolas. En torno a las brasas de unas hogueras fue donde oyó las primeras risas de los niños, después de tantos años, resonaban remotas, mientras les observaba trotar entre los matorrales de arbustos pelados y los desperdicios congelados.

Llegó hasta la periferia de los polígonos industriales.

Los surcó hasta alcanzar las cercanías que lindaban con las barriadas marginales, a través de unas grandes avenidas populosas, congestionadas del trajín matinal en aquellas horas.

Entró en un bar que podría haber sido cualquier otro, no importaba, uno castizo y sucio, y saludó soltando la mochila y echándose el cabello sudado hacia atrás. Un camarero vino a limpiar la mesa que escogió con una bayeta y a preguntarle qué quería tomar, mientras se sentaba en la silla de plástico. Era un empleado flaco, obediente, que no perdía la compostura mientras él se demoraba en contestar, hasta que respondió, con desafección, que una caña y un bocadillo de jamón.

Quando le trajeron lo que había pedido no lo consumió de inmediato, lo dejó sobre la mesa, durante un rato. Luego dio un sorbo a la caña, como si fuera un cáliz. Mordisqueó el bocata, de manera casi reverencial; le dio otro mordisco, esta vez con la voracidad que había contenido. La cárcel le había enseñado el placer de lo postergado, el gusto por retrasar lo perentorio, pero lo terminó masticando como si hubiera atravesado un desierto vastísimo y estuviera a punto de desfallecer; se bebió de un trago la cerveza, y, después, se echó para atrás en el respaldo de la silla y se dedicó a mirar por la ventana.

El tránsito de la calle era cada vez más abigarrado. Debería recordarle a las aglomeraciones del patio, los rebaños de presos conducidos por una voluntad invisible que les desplazaba de una esquina a otra; aunque no se puede decir que él ciñese su atención a algo concreto de la escena de la ventana: más bien posaría la mirada en los detalles más vacuos, y se quedará prendado de una infinidad de vagas disertaciones, como si de pronto se percatase de algo que se ha disipado en la multitud y que jamás podrá recuperar, y eso le hará sentir una indefinida sensación de pérdida, de que se le ha hecho tarde para casi todo, y de que ya no logrará llegar a ningún lugar bueno u oportuno antes de que sea demasiado viejo, o esté demasiado arruinado...

Después de pagar la cuenta, callejeó por las aceras sucias, cruzándose con rostros que desconocía, pero que parecían acusarle: expresiones de distanciamiento, miradas aprensivas, hombros que le esquivaban, cabezas ladeadas. Todos los transeúntes parecían desconfiar del hombre desastrado con el que se topaban; o, acaso, solo era una impresión suya. Apretó el paso, chocándose con la gente, hasta que llegó al portal de un bloque, y se detuvo. Levantó la cabeza para contemplar la fachada; de lo degradada que lucía, no parecía la misma; pero era esa. Había llegado.

Entró en el rellano del portal. Recogió un taco de cartas en el buzón. Subió las escaleras hasta el primer piso. Gestos que son insustanciales cuando se diluyen en la rutina para cualquier otro, le procuraron un extrañamiento, la sensación de que no podía estar ahí, realizando esas acciones ordinarias. Era sin duda debido a que se había habituado a vivir durante el encierro, una realidad desenfocada por el contraste de un lugar que conoció tan bien como aquel piso, pero que ahora ofrecía un aspecto tan desaliñado por el transcurso áspero de los años.

Introdujo la llave en la cerradura. No encajaba. Se pasó la mano por la nuca. Echó una mirada escaleras abajo. Apoyó el antebrazo en la puerta, y sobre él la cabeza, su respiración agitada, se echó para atrás impregnando, comenzó a dar pasos por la planta de las escaleras, las manos sobre la cabeza, cada vez más agobiado, y entonces descendió de nuevo hasta la calle.

Cruzó a otra acera, sorteando un coche que casi lo arrolla, y se acercó hasta una ferretería cercana. El dueño vestía un mono azul, unas gafas redondeadas, hialinas, que dejaban ver sus ojos cansados; un lápiz des-puntaba sobre su oreja. Le echó un vistazo y siguió concentrado en unos documentos que leía, como si hubiera visto tan solo pasar a alguien de largo.

—Necesito un servicio de cerrajería —exclamó con la voz entrecortada.

El ferretero asintió, sin levantar la vista de los papeles; murmuró:

—¿Es aquí cerca?

—En esta misma calle.

Pronunció un nombre en voz alta, y un muchacho joven apareció, limpiándose las manos con un pañuelo, entre los estantes surtidos de herramientas. Le ordenó que acompañara al cliente, y los dos salieron hacia el piso. Frente a la puerta, el chico depositó sobre el suelo la caja de herramientas que había llevado consigo y la abrió. Tomó un martillo, y un destornillador del mono azul que vestía bajo un anorak negro, y examinó la cerradura.

—Es reciente —comentó con un deje de profesionalidad que imitaba con candidez el rigor de su jefe. Luego inquirió—. ¿Es su casa? ¿Qué ha sucedido?

—He perdido la llave. Era la única que conservaba.

El chico le miró a los ojos, con la boca abierta, y asintió muy despacio. Luego pareció volver en sí.

—Voy a quitarla y a ponerle una nueva.

El chico percutió la cerradura hasta que se desgajó. Luego instaló una nueva; y, al acabar, guardó las herramientas y se sacudió las manos ensuciadas por la tarea. Además, le tendió la nueva llave, prometedora, el latón reluciente. El joven empleado de la ferretería se cobró del poco dinero que le quedaba ahorrado, y después se despidieron con avidez,

como si no le hubiese inspirado confianza al chico, o hubiese recelado de su justificación para violar la puerta.

Pasó adentro.

Las persianas se habían mantenido bajadas, conservando una impenetrable oscuridad que parecía haber ido acumulando un espesor negro, que al abrir la puerta le sobrecogió. La temperatura se había mantenido muy baja, como en el interior de una caverna húmeda. Pulsó los interruptores de la pared, pero no funcionaban al hacer contacto, así que se desplazó a tientas en la tenebrosidad, que, de tan reconcentrada, costaba atravesar, hasta abrir las ventanas para que la luz iluminara la miserable estancia. Se quedó tan impresionado que ni siquiera fue consciente de que cuando se acercaba de un lugar a otro pisaba las cucarachas muertas, que se esparcían por el suelo. No se encontraban en su lugar ni el televisor ni los sofás, alguien se los había robado; sólo permanecía una mesa baja y unas estanterías, que yacían con unos pocos libros. Los muebles se hallaban cubiertos de una capa de polvo, que se debería de haber ido depositando a lo largo de los años en que aquello había permanecido sumido en el abandono más absoluto.

Se dedicó a leer las cartas que sostenía en la mano, frente a la claridad que proporcionaba la ventana descubierta de persianas. Fue arrojando al suelo los sobres rasgados y los papeles que contenían, cuando terminaba de reconocer cada una; eran notificaciones de embargo. En su mente amagó la idea de que su padre supiera que iba a morir y no le importara que la deuda no se esfumara con él y se transmitiese a su vástago.

Al dejar caer la mochila encima del contrachapado de la mesa se levantó una gruesa estela de polvo, como en un aterrizaje en la superficie de algún planeta inhóspito. Fue la cocina. Levantando la persiana, por la ventana esmerilada, se filtró una luz tenue a través de la suciedad adherida al vidrio. La abrió, para que se ventilase el olor a podredumbre, y enseguida se colaron ráfagas de cláxones y muchos gritos y ruidos desde la calle, que parecían no haberse escuchado en el interior desde hacía décadas. Alguien se había llevado también la nevera y los demás electrodomésticos, con la excepción de una destartada cocina de gas, que se hallaba tirada bocabajo en el suelo, su superficie lacada llena de manchas de grasa; los azulejos blancos de la pared, cruzados por una cenefa azul, también estaban salpicados de porquería. Seguía habiendo insectos

muertos por el suelo, telarañas destensadas en los rincones, restos de la presencia de roedores.

Las otras dos habitaciones que componían parte del inmueble se disponían atravesando un estrecho pasillo, ornamentado con lienzos burdos cuyos autores habrían intentado representar idílicas playas; los fue descolgando uno por uno.

Abrió la puerta de la primera habitación, se desplazó a levantar la persiana, otra vez a ciegas, aunque con más soltura: estaba adquiriendo la capacidad de manejarse como lo hacían las ratas que se topaban contra sus zapatos. La estancia se aclaró para desvelar la misma desnudez de mobiliario que el resto del piso; sólo quedaban unos cuantos trastos tirados sobre el suelo, que no valdrían para nada. Observó los lienzos, repasando los escenarios paradisíacos que nunca podría visitar, y los arrojó sobre el montón de cacharros con un bufido.

La siguiente habitación contenía tan solo un armario, en el que descubrió, al abrirlo, que contenía una ingente cantidad de botellas vacías y revistas publicadas hacía décadas, hechas trizas por colmillos roedores. Por último, el cuarto de baño carecía de espejo y de cortinas para la ducha. Giró la rosca de un grifo: manó un hilo de agua cárdena, que se frenó en un goteo exiguo hasta que las gotas dejaron de verterse. Regresó al salón. Se sentó sobre la mesa polvorienta.

Se le había demudado la expresión de la cara hasta un ensimismamiento, una aficción, sostenida como por un sortilegio de tristeza, mientras contemplaba la deplorable miseria de la casa.

La cúpula de un cielo ceniciento se fue coloreando de las tonalidades malvas y azuladas el pródromo ineludible que anuncia que otro día agoniza. Anochecía mientras él deambulaba por las calles, disfrutando de una ociosidad no muy distinta a la que ha conocido detrás de los barrros, solo que en torno a un panorama más amplio —el barrio—. Solía caminar arrastrando la mirada en cada detalle que le absorbía, como si nunca lo hubiese apreciado antes: un rincón, un negocio próspero o fracasado, un árbol talado, o tal vez un descampado poblado de distantes copas de eucaliptos, un gato callejero... como si no reconociese el entorno que supuso, durante su cautiverio, que continuaría inmutable; y la extrañeza de andar alejado de los demás transeúntes; y también, el rencor hacia esa mansedumbre que demostraban las personas corrientes.

Fueron días duros, los primeros desde que había salido del penal; días abocados a una existencia sórdida, de la que, sin embargo, no hacía nada por eludir. Por alguna razón, también fueron días dotados de una sensación de clarísima independencia, que se acabaría truncando, más que en una libertad, en una emancipación forzada: cuando ya se ha disfrutado de independencia durante el tiempo en que parece que sólo responderá disfrute, se vuelve incluso gravosa. Merodeó durante horas, con las manos en los bolsillos, enfrascado en una decepción creciente. Era un turista que contemplaba un paisaje arruinado, que conoció cuando aún había esperanza, pero que no acabó significando nada después, o en el que no fue feliz; con la perspectiva que otorgaba el tiempo, ahora podía ponderar en qué medida ese paisaje de avenidas desmoronadas determinó lo que le tocaba vivir. Muy poco pudo ofrecer para el futuro: los bloques delineados, unos enfrente a otros; las estructuras minadas; la pintura, arruinada por el sol macizo y destellante de verano, aunque ahora parecía lejano e insignificante tras la niebla. Las caras zafias de los vecinos, y los andares furtivos, siempre con demasiada prisa o demasiada desgana hacia un futuro de sueldos miserables. Los árboles, esmirriados y moribundos; las tórtolas, arrullando sobre las farolas las últimas tonadas de una naturaleza contaminada. Las aceras empapadas por la lluvia nocturna. Sobre todo, la pobreza enquistada, que se había mantenido durante su estancia, o incluso se había agravado, había ido degradando el pavimento y las fachadas mientras él no estaba allí.

Compró un colchón usado para poder dormir. Lo vendían en un local ubicado en un solar, donde apilaban trastos de segunda mano. Le había atendido un hombre mayor que portaba una gorra sobre su cabeza cana, y una camisa desabrochada. También adquirió una radio, y un espejo pequeño, que colgó en una alcayata en la pared del baño.

Se pasaría las tardes recostado en el colchón, arropado por varias sábanas —o durmiendo incluso con su chaqueta vaquera—, observando las vistas de ventana abierta, escuchando las voces que emitía la radio, a menudo los locutores son afectuosos con sus oyentes anónimos, les colman de agradecimiento por escucharles, aunque sea una consideración impostada. El crepúsculo caía cada noche sobre los edificios, encendiendo la línea del cielo con las tonalidades de las ascuas; sobre ella, los vencejos se deslizaban volando con ligeras filigranas en

un revoloteo de encendidos trinos. Todos los atardeceres parecían un domingo que no terminaba. Era inevitable, por el aburrimiento, que acabara ojeando los títulos de los libros que había en la estantería; incluso a veces cogía alguno, pero lo abría y lo cerraba sin mucho entusiasmo. Son los mismos que llevaban en la casa desde que era un crío. Nunca vio a nadie cogerlos.

Salía del piso, mientras bajaba las escaleras, poniéndose una añosa chaqueta sobre la suya del frío que hacía, y que había pertenecido a su padre. Las farolas alumbran un barrio que en la noche ofrecía una impresión más confabuladora, y aún si cabe, también más procaz, todavía. En los bares sólo se juntaban hombres como él, con el mismo aspecto que tanto detestaba si les reconocía, tipos desprendidos y apocados, que se reunían en torno a las barras como cuervos solitarios que se iban apostando uno tras otro sobre un árbol quemado; así que él se quedaba en un bar menos poblado, y además en el interior, ajeno a la gente que cenaba en la terraza al relente fresco de la noche.

Pedía un vaso de vino y ni siquiera echaba un vistazo al menú; sabía qué iba a buscar nada más terminar de cenar, así que elegía cualquier plato combinado. El camarero tenía el cabello grasiento, el rostro empapado de sudor; desplegaba un mantel de papel sobre la mesa y traía un plato abundante. Él devoraba el solomillo sin apenas masticar. Luego solía mojar el pan en la yema de huevo frito, más despacio, sin apartar la mirada del televisor; el volumen se confundía con los ruidos de la calle, desde el exterior arreciaban las risas o las voces de los proletarios divirtiéndose la noche de un viernes. Pero él no dejaba de mirar las imágenes escabrosas de alguna guerra inverosímil, de algún ladrón detenido —se jactaba de su torpeza—, de algún tipo con corbata hablando ante una audiencia de crédulos.

Cuando terminaba de cenar, dejaba el bar con andares patibularios y, arremangándose las chaquetas, se dirigía al mismo lugar. Las calles se prolongaban tan mal alumbradas que se iba sumergiéndose en los intervalos de oscuridad que las farolas dejaban a la intemperie, y salía de ellos iluminado de nuevo por la luz ambarina, y así su rostro se iba coloreando de un mosaico vibrante de sombras, de luces, hasta que poco a poco los claros menguaban y su luz se apagaba cada vez más, como si se hubiese perdido en unas tinieblas de las que nunca podría salir, y en

la que le llegaba, cada vez más cercano, la contigüidad sugestionadora de la perdición.

Alguien golpeó la puerta, uno de aquellos días disolutos.

Él descansaba tumbado en el colchón: al oír los porrazos, sus ojos se entornaron, con los párpados entrecerrados. Se incorporó sobre los brazos y se quedó esperando; había oído el ruido, pero dudaba si levantarse a abrir; al final, se dirigió hasta la entrada, donde había aparecido un sobre que, no sabía quién, habían colado por debajo de puerta.

—Son ellos —se advirtió.

Lo cogió y abrió la cerradura, pero el que lo había dejado allí ya se había esfumado...

Cerró y regresó al colchón. Se tumbó con la misma postura de antes y abrió el sobre. Dentro, se apretaba un grueso taco de billetes amarillos. Lo colocó sobre la mesa y se mordió los labios. Las luces celestes y amarillas del alba se estaban aclarando a través de la ventana. Pronto se haría otra vez de noche. Otro día consumido.

Rebuscó el paquete de tabaco en el bolsillo del pantalón, y fumó tendido sobre el colchón, con la espalda encorvada y los brazos apoyados sobre las rodillas.

Pensaba en todas las mañanas que pasó entre rejas, despertando ante un abismo de horas vacías. Todas ellas hubiesen podido resumirse en una larguísima mañana, que fue lo que duró toda la condena. Durante los primeros años, iba contando la vasta cantidad de días que se habían gastado y los que faltaban hasta cumplir; hasta que poco a poco se le fue desbaratando la ilusión de calcular, cuando su conciencia hacía insufrible el que ni siquiera hubiese alcanzado la mitad su reclusión. Puede que en los últimos años recobrará, de manera tenue, las ganas de salir, aunque con un derrotismo que se manifestó en el momento de dejar su celda: lo hizo sin ninguna alegría, condicionado por el encierro, o, más bien, asustado de tener que aventurarse más allá de los escasos metros que habían sido su mundo, como si nunca hubiera conocido nada que no fuera estar encerrado como una bestia en una jaula.

Tras un rato se levantó, de nuevo. Iba de un lado a otro del pasillo, sin abandonar la postura de obsesiva meditación. Se miraba en el espejo: había descuidado su barba, que lucía bastante poblada, y el cabello se había ido ensuciando y despeinando a lo largo de los días. Sus ojos sufrían,

congestionados, por dormir poco. Cuando retornó al salón, recogió una fotografía tamaño carnet que debió caer cuando había hojeado uno de los libros, el otro día: representaba la imagen del rostro de una mujer joven, con un anticuado peinado cardado y gafas de pasta. Se quedó mirándola durante unos segundos. Luego desvió la mirada hacia la nada y, muy despacio, dejó la fotografía sobre la estantería. Recuerdos resguardados; parecía que, si no se pusiera empeño en confinar los objetos con valor en un lugar particular, estos acabasen desapareciendo con el tiempo, que nunca nos llegasen vestigios a nuestras manos si no fuera por el azar anecdótico que sufrieran en un momento determinado, que los salvó del barrido del olvido, o por la voluntad obsesiva de algún coleccionista anodino. Siguió tomando libros, para ver si encontraba más fotografías que le embargaran de nostalgia, o de rechazo o de tristeza o de tibia alegría, cuando reparó en la contraportada de uno de ellos. Sosteniéndolo entre las manos, acercó sus pupilas lo más que pudo: se había quedado desconcertado.

—No puede ser —prorrumpió en voz alta.

Deslizó su dedo índice sobre la contraportada, en principio blanca. Pero él había descubierto unos caracteres invisibles, y los indicaba con el dedo, moviendo los labios como si realizara un conteo difícilísimo o descifrara un intrincado jeroglífico. Depositó el libro sobre la estantería, y fue a rebuscar a la cocina una bolsa de basura, pero no la encontró. Tomó el libro y descendió las escaleras hasta la calle. Se detuvo delante del contenedor; observó a la gente que transitaba, como si pudiesen averiguar el conflicto que estaba librando, y eso le limitó a reaccionar con inquietud. Tras vacilar y postergarse y no consumir la acción que le había llevado hasta allí, negó con la cabeza. Se había apresurado, podía aguardar ese gesto, que sería el definitivo, con él se borraría todo rastro. Regresó al piso con el libro en la mano.

Cada noche, de regreso a las calles por las que vagaba antes, sin nada que hacer, demoraba meterse en el piso, andando más despacio. El frío había perdido su crudeza. La noche solía desplegar, en la brisa fresca, una voluptuosidad de aromas que le traía recuerdos de cuando era un niño. Cuando pasaba cerca de las ventanas abiertas, podía observar las pantallas de las televisiones, las figuras de los habitantes en la intimidad de sus interiores. No querría reconocerlo, pero al asomarse a la

privacidad confortable de otras vidas siempre le acogotaba una tristeza indefinida, como si tuviese derecho a formar parte de cualquiera de ellas, pero le hubiesen excluido. Quizás, fuese que se había enamorado de una figura femenina etérea, y buscaba en las desconocidas el rostro que, al descubrirlo, le recordara a esa mujer que nunca ha existido, pero que era la mujer que anhelaba.

Cuando regresaba al piso, el olor pesado y asqueroso no se había desvanecido con las ventanas abiertas; se desnudaba a oscuras y se dejaba caer en el colchón con la radio encendida, buscando una emisora en que hablasen o hubiera una tertulia, le gustaba el programa de Teodoro Herreros; incapaz de dormir durante muchas horas, en las que no le abandonaría esa mujer abstracta, todas las mujeres que hace tanto tiempo olvidó.

La luz de las farolas se colaba por las ventanas, llenando de una densidad cobriza la atmósfera del rellano. Regresaba borracho. La embriaguez torcía la coordinación de sus pasos; se tropezaba con los escalones, o reaccionaba con unos reflejos atenuados; e, incluso, no conseguiría introducir la llave en la cerradura hasta después de unos cuantos intentos frustrados. Una vez dentro del piso desbaratado, arrojó los zapatos al pasillo, estos cayeron provocando un ruido seco en la oscuridad que era el pasillo en penumbra; y mientras se dedicaba a desabrocharse los botones superiores de la camisa, escuchó brotar un ruido: como si hubiesen tirado un tercer zapato. Y, enseguida, sonó otro golpe más: alguien golpeaba la puerta principal, no dubitativamente, como si fuesen unos invitados, sino con envidia, unos golpes imperativos.

Pretendió quedarse quieto, para disuadir de su presencia en el interior del piso, pero la respiración ronca y la sangre que se batía en sus oídos, debido a la cogerza, le desasosegaron. Aporrearon a la puerta una vez más, esta vez con mucha más contundencia. Se acercó chocándose con las paredes. Descorrió los cerrojos y abrió: la débil bombilla del rellano alumbraba a un hombre altísimo, él le llegaba tan sólo por el pecho, su tamaño era imponente. Vestía una chupa de cuero. Las sombras atenuaban las facciones de su cara, excepto un cerco de claridad que desprendía la luz del techo, que se iniciaba sobre su cabello rapado y su mirada y que se extinguía un poco antes de su mirada, así que al desprenderse de las gafas de sol estilo aviador que llevaba puestas, le

permitió presumir de unos ojos verdosos pero fríos, apretados por unas cejas inclinadas hacia abajo, lo que le confería un aspecto indolente, trastornado, inhumano; un autómatas, desposeído del alma que nos resplandece en las pupilas. Entró en el umbral del piso sin aguardar permiso; su constitución era bastante fuerte, así que le estampó contra la pared de un leve empujón con las manos, como si no le costara el más mínimo esfuerzo doblegar a una persona.

—¿Qué te crees, que puedes hacer lo que quieras? —exclamó el desconocido colosal—. Te hemos estado siguiendo todas las noches ¡Cómo se te ocurre montar este espectáculo!

—Déjame tranquilo —barbotó él, y se intentó recomponer, pero no consiguió más que retorcerse, como si le hubiese debilitado un vahído; así que recorrió el salón, acechado por la presencia del intruso, que le seguía sin demostrar conmiseración.

Cuando palpó el colchón, agazapado, se derrumbó sobre él, ahíto o mareado, había bebido mucho. El hombre recién llegado entró en el salón justo detrás de él, su cuerpo rígido, aunque con ademanes de chulería, el salón le debía de causar asco. La oscuridad de las habitaciones le engulló hasta que se posó cerca de una de las ventanas abiertas, donde destellaba una claridad vaporosa como una niebla que sólo permitía distinguir los contornos de ambos; el suyo, tendido sobre el colchón, y el del hombre, erguido delante de él. A pesar de que era de madrugada, aún se oían voces, cierto rumor de vecindad en las calles que se colaba por las ventanas. Levándose quejumbroso las manos a la cabeza, observó al hombre que había llegado: desde el colchón donde se había desparramado, su figura se alzaba a una altura inmensa; desde esa posición, continuaba resultando difuso reconocerse las caras, debían conformarse con ubicar la sombra respectiva de cada uno, la del hombre inmenso desprendía reverberaciones de los cristales de sus gafas de aviador sobre su cráneo rasurado.

—La propina de ayer es para cualquier capricho que tengas —explicó con una inusitada condescendencia. Pero enseguida su voz cambió, tornándose más expeditiva, más acorde a su temible envergadura—. Bueno, espero que te vayas dando cuenta de que no puedes seguir así. Esto es una pocilga.

—Pensaba que no ibais a venir, que me habíais abandonado —arguyó él, con la voz enjuagada en saliva, como si fuera a vomitar.

El hombre recién llegado siguió hablando, con desfachatez, como si no le hubiese interrumpido:

—Los tipos como tú acaban mal. No dais un palo al agua. Te lo estabas gastando todo en vicios.

—Era mi dinero. Me merecía gastarlo en lo que quisiera. No veo que las cosas vayan a mejorar.. Todo se ha jodido.

El hombre resopló, y levantó la voz para decir:

—Pronto te daremos eso que te..., te llevaremos.. Sólo venía a ver qué tal todo. Queríamos saber que estabas bien.

—Ya ves... rodeado de basura.

—Esta era la vida que tenías antes del trullo. Ahora puede irte mejor.

—Me he arrepentido tanto... —comenzó a lamentarse—, estos años... no sé si hice bien, al haber dicho que sí... no merece ni todo el dinero del mundo... siempre he escuchado que vida solo había una... es verdad.

—Ya pasó todo —dirimió el hombre, sin intentar ser un consuelo; sí hablaba con un tono conciliador, pero, en realidad, sonaba a que estuviera agotando su paciencia, o sintiéndose cada vez más afectado por la náusea.

Agregó, como si no se lo creyera ni él mismo, y fuera un farol lanzado sin entusiasmo:

—Y tenemos que darte lo que te has ganado. Piensa en eso.

—Eso... eso... no vale lo que he aguantado...

El hombre no contestó. Por el brillo de las gafas, pudo ver que seguía con la cabeza agachada hacia a él, los vidrios de las lentes parecían otros dos ojos vigías. El silencio demorado indicaba que no sabía cómo refutarle su última sentencia; a continuación, oyó cómo cambiaba de postura, y a la luz amarillenta y nebulosa del exterior se pudo contemplar cómo levantaba la cabeza, hasta inclinarla hacia atrás, y se llevaba sus enormes manos a la nuca.

—Esta semana trabajarás en un local, te harán un contrato y tendrás que estar yendo, ya sabes, por si en Comisaría se siguen interesando por ti y por lo que haces fuera. No te vendrá mal. Por lo menos tendrás la cabeza en algo más que... Comprenderás que tenemos que tomar medidas de precaución antes de... bueno... escucha, ¿cuál es la situación legal de este cuchitril?

Él se incorporó sobre sus brazos, tambaleante. Masculló un gorjeo, antes de comenzar a explicar:

—Está embargado... le cambiaron la cerradura... pero la tenía yo, me la trajo el viejo una vez al talego, antes de palmarla... no sé por qué... remordimientos... cuando llegué, la habían vuelto a cambiar... he ido a un cerrajero... me podrían crujir si saben que estoy aquí...

—Tú sigue así, que ya verás lo rápido que vuelves a entrar —bramó el hombre, la paciencia se le agotaba cada vez más, iba a culminar en una exasperación de un momento a otro—. ¿Embargado? ¿Por qué?

—Lo estuve pagando... qué se yo... años... deslomándome a trabajar... para nada...

—Ahora que trabajarás, ya me entiendes, que figurará que trabajarás, irán mejor las cosas. Te vendrá bien para ir liquidando tus deudas, aunque lo de este piso no lo pagarás en la vida. Por lo menos parecerá que lo quieres hacer.

Él se incorporó aún más, y su voz sonó, por primera, vez tan afligida, que parecía que iba a romper a lloriquear:

—¿Cuándo... puedo irme de esta ciudad...?

—Muy pronto —contestó el hombre inmenso, impreciso, como si ni siquiera tuviese ganas de convencerle—. Aguántame un tiempo currando en el local y luego podrás largarte. También te daremos un pellizco.

—¿Están... contentos... conmigo ahí arriba...? ¿Eh...?

El hombre empezó a murmurar algunas palabras, pero desistió disminuyendo el tono, como si hubiese oído algún ruido y le concediera más importancia, aunque solo fuera para desasirse de su respuesta inconclusa. Él insistió, reiterativo:

—¿Eh...? ¿Eh...?

—Claro que sí —repuso con una diligencia recobrada—. Tengo que irme. Venga. Te vas a venir conmigo. Vamos a llevarte a otro sitio donde tienes que quedarte. Y no digas que te llevo a rastras. Olvídate de este lugar. ¿Tienes que coger algo? Hazlo ya.

Se levantó del colchón a trompicones y deambuló, errabundo, como si se dedicara a dar vueltas sin sentido por el salón o entre los rincones donde sólo se reconocía su silueta negra que contrastaba con el escaso fulgor de las ventanas. Recogió sus pocos enseres con un pasmo de anciano, o de víctima de una tortura que vuelve a erguirse sobre sus

propios miembros tras una paliza cruel. Tan sólo le quedaban la radio, las camisas y el sobre con el dinero en la mochila como sus últimas pertenencias. Durante las noches anteriores, se había llegado a imaginar a sí mismo abocado a tener que vivir con aquellos pocos objetos. Como si fueran las exequias de una vida que no había significado más que desalojar constantemente lo poco que una vez llegó a alcanzar tan remotamente que ni se acuerda de cuando empezó a ser así. Era consciente que se habría desposeído de esos últimos objetos más adelante —y ya entonces lo hubiese perdido todo—, si no le hubieran ido a buscar y a rescatarle como había esperado, y a la vez, también temido. El hombre inmenso le preguntó, mientras contemplaba la escena del borracho rebuscando trastos en la oscuridad, si algún vecino se había enterado de su regreso al piso embargado. Él contestó que no, con largas parrafadas exculpatorias, que lo distraían de su actividad; así que le ordenó, con una diligencia acuciante, que terminara ya.

Cuando ya abandonaban el interior del piso a la altura del rellano, exclamó que se le olvidaba algo. El hombre desconocido emitió un gruñido de rabia, exasperado, pero le concedió retornar de prisa. Mientras él se esfumaba por el pasillo angosto, se asomó por las escaleras, llevándose la mano al interior del abrigo.

Dentro del piso, recuperó la fotografía de la mujer. Además, se dispuso a coger algunos los libros de la estantería; no podía ver las portadas por la penumbra reinante, y no le cabían todos en las manos, y la urgencia de abandonar el bloque era cada vez más acuciante. Debía llevarse aquél que no fue capaz de destruir, pero entonces el hombre le agarró de la mano, habría expirado el tiempo concedido y habría entrado de nuevo en el piso para llevárselo por la fuerza, le agarró por el cuello, y los libros cayeron al suelo con un estrépito quedo. Le zarandéó hacia afuera y cerró la puerta. Luego le dio un golpe en la espalda para que descendiera las escaleras, y él obedeció, desatinando los pasos al bajar los peldaños, como si se fuera a estrellar en el suelo en cualquier momento. Mientras descendía por las escaleras, el hombre le preguntó por qué se quería llevar todos los libros. Él mintió:

—No me... gusta nada leer... pero... eran del viejo...

Anduvieron por las aceras yermas hasta una calle estrecha, mal alumbrada por un par de farolas. El desconocido que ahora parecía encar-

garse de él pulsó el botón de la llave eléctrica que había sacado de su bolsillo, y las luces laterales de un deportivo con la carrocería negra relampaguearon. Abrió la puerta y le empujó dentro, sin consideración, cerrando con un portazo, mientras él arrojaba melifluas quejas para sí mismo. Luego rodeó el vehículo hacia el asiento del piloto, abarcando con la vista el fondo de la calle como si temiera que desde allí acechara una emboscada, y una vez sentado en el asiento del conductor —sus robustas piernas rozando el volante, su cráneo acariciando el techo del auto—, introdujo la llave y arrancó el motor con soltura, debería estar acostumbrado a evasiones arriesgadas con el deportivo, y le sería difícil abandonar ese talante de intrepidez, pues había operado como si les siguieran en ese momento, o es que tal vez estaban de verdad expuestos y había localizado entre las sombras alguien que les escudriñara. El deportivo dejó atrás la calle angosta y giró hacia la derecha. No circulaba ningún otro vehículo por la vía, no se podía contar ni una sola presencia de algún transeúnte trasnochador, así que el hombre aceleró, saltándose los semáforos en rojo. El deportivo condujo rápido hasta una avenida que se prolongaba más allá de la barriada, hasta la ciudad, y pisó más todavía el acelerador. Él bajó la ventanilla para dejar que el viento refrescara su cara, alborotando su cabello. Le inspiraba la sensación de la velocidad del vehículo, enfatizada por la embriaguez.

—Solo... quiero tener una vida... normal —murmuró en voz alta, confiándose al piloto, aunque también podía estar barruntando para sí mismo. Echó la cabeza hacia atrás para sentir aún más la brisa.

El gran hombre desconocido le espetó, sin distraer la mirada del asfalto:

—Hubieras acabado muerto si te hubiéramos dejado seguir como estabas.

—No había futuro... —contestó él, aunque su voz se dispersó en la corriente de viento que azotaba desde la ventanilla descubierta.

El hombre siguió conduciendo hasta bordear el famoso paseo marítimo de la playa de La Blanquera, donde se cruzaron con las primeras personas que habían descubierto desde que abandonaron el piso. Había algunos juerguistas extranjeros bebiendo en los bancos públicos, y algún coche de gama alta zarandeándose en el carril por las manos de un conductor ebrio. El coche continuó circulando raudo, alejándose cada vez

más de las almenas irregulares que formaban los edificios sobre el horizonte nocturno, hasta que dejaron tras de sí la ciudad por una autovía, que se extendía acotada por la intermitencia del fulgor campaniforme de hileras de farolas. Al cabo de unos kilómetros rebasaron la última, y el vehículo deportivo penetró a ciento ochenta en la noche constelada de estrellas.

Una señal indicó que habían abandonado Puerto del Lucerío. Pero no hacía falta ninguna indicación: el olor repugnante que rezumaba el viento agitado, nada más salir de la ciudad; eran las regurgitaciones vaporosas de las fábricas químicas, y la podredumbre de las marismas de Lujana que circundaban la ciudad, hacia el este.

Al cabo del tiempo que él no pudo estimar, nuevas farolas iluminaron un complejo al que se acercaban. Se reclinó despacio sobre el asiento de cuero para observar un cartel oxidado, frente a unas vallas, en el que se leía que entraban en el estuario. Cuando el coche disminuyó la velocidad, giró por una rotonda hacia las dársenas, cuyas naves colosales asemejaban sus contornos en la noche a los lomos de criaturas prehistóricas.

El conductor detuvo el deportivo en una intersección que lindaba con un conjunto de bloques bajos de viviendas. Apagó los faros, y también el motor, con el mismo gesto de vigilancia que había mostrado al montarse en el coche; pero no se apeó todavía. Los efluvios del río Guadanja, que desembocaba en el otro extremo del puerto, eran nauseabundos; más aún cuando el viento, cálido y húmedo, arreciaba.

—Ahora te presentaré a un amigo. Vive en un piso, de esos de ahí. Vas a compartirlo con él. Así no estarás solo.

Levantó la mirada hacia los bloques que se erigían enfrente, y los señaló. Ofrecían el aspecto de llevar años abandonados. El hombre bajó la mano, y deslizó de nuevo sus ojos verdes intimidadores hacia él. Ahora sí podía ver su rostro, amedrentador, se parecía al de una calavera: unas severas ojeras colgaban de sus ojos, la piel era tersa, pálida, y junto con sus orificios nasales y unos labios demasiado finos, completaban un aspecto de cadáver animado. A pesar de que pudiese imponerle su presencia, él protestó, aunque lo más posible es que se debiese al alcohol, que le había desatado el arrojío y la lengua:

—¿Me estáis poniendo una niñera...? ¿Qué es... esto...?

—Bueno, está él y algunos más —explicitó el hombre sin dar importancia a su pregunta. Ni siquiera le incordió cuando el otro elevó el tono y se enfadó:

—¡Eres... un mentiroso...!

—A ver, ya te lo dije antes. Tienes que fingir un tiempo antes de darte la buena vida.

—Ya... he esperado... mucho...

—Emborrachándote todo el día y yendo a donde fuiste ayer solo te meterás en líos.

El reproche era con un sincero tono paternal, que le hizo hasta casi sonreír. Sin embargo, no resultaba divertido verle renegar sobre el asiento, con la cabeza inclinada hacia delante y vacilante, tal vez intentando demostrar que a él le quedaba voluntad cuando ya se la habían retirado, desde el momento en que fueron a buscarle; eso no lo sabía, o no lo querría recordar.

—No habéis hecho otra cosa que... vigilarme... vamos, estoy cansado.. muy cansado...

Abrió la puerta del coche y se apeó del deportivo, tambaleándose, andando muy despacio. El hombre se bajó también, desganado. Enfrente de los bloques de viviendas se extendían las hileras de dársenas. La mayoría se hallaban desocupadas. En los surgideros vacíos se apreciaba el agua oleaginosa, que reflejaba brillos de una iridiscencia psicodélica, sobre la que flotaban peces muertos y envases de plástico. Él se acercó al borde de uno de los grandes embarcaderos y contempló el mar oscuro, más allá de la dársena y del muelle. El hombre le reclamó, con su mochila en la mano. Entraron en el portal de uno de los bloques, y subieron a la primera planta.

Su supuesto protector abrió la puerta con una llave, y entraron dentro del inmueble. Les aguardaban tres individuos en el salón, iluminado sólo por el resplandor de la televisión. Cada uno estaba desparramado en una butaca negra, y aún quedaba libre otra más. En los muebles antiguos se acumulaban una gran variedad de carísimas tecnologías de última generación, diseminadas por toda la estancia, repartidos sobre los anaqueles y dentro de armarios, ordenadas más por un criterio funcional que estético, como si necesitaran albergarlas a todas y no dispusieran de espacio suficiente. Los aparatos modernos contrastaban con la estructura del piso,